

la era del trabajo. Casualmente la república que sostenemos todos los republicanos españoles nada tiene que ver, absolutamente nada, con las repúblicas gubernamentales, autoritarias; nosotros queremos una república democrática, federal, liberalísima, contraria á la demagogia, es verdad, pero tambien contraria, radicalmente contraria á la dictadura y al cesarismo. La gloria principal del partido republicano español ha consistido en poner sobre todo, sobre el sufragio universal, sobre la soberanía del pueblo, los derechos inherentes á la personalidad humana, los derechos congénitos á nuestra naturaleza. La dictadura nos ha inspirado siempre horror; no la hemos querido ni para realizar el bien. No la hemos sustentado ni en pro de las democracias, porque pensamos íntimamente que todas las dictaduras degeneran tarde ó temprano en cesarismo, y el cesarismo sólo sirve para exaltar á un hombre y para corromper á un pueblo. En esta gran tradicion es necesario, indispensable, mantener la república: intransigentes en principios, devotos al ideal, consagrados á encarnarlo en toda su pureza y en toda su verdad sobre la faz de la tierra, en el seno de las sociedades humanas, pero comprendiendo las impurezas de la realidad, los obstáculos de la hora que corre, los desfallecimientos de esta generacion, resueltos tambien á no malograr una victoria cierta, indudable, por violentarla y convertirla en signo de guerra, cuando debe ser signo de reconciliacion y de paz. (*Aplausos.*)

Muchas veces el demócrata más seguro de la verdad de sus doctrinas, más impulsado por el desinterés, pregunta á su conciencia si serán verdaderos los males atribuidos por nuestros enemigos á las democracias; si será cierto que el pueblo llega á ser el más temible, por lo mismo que es el más irresponsable de todos los soberanos: si será cierto que, cambiante y tornadizo

como las olas del mar, sumerge hoy sin razon al mismo que ayer elevára sin mercedimientos; si será cierto que un enemigo del pueblo en el fondo del alma le seducirá y arrastrará fácilmente por los excesos del lenguaje y por la falsedad de las promesas; si será cierto que nada hay tan fácil como engañar á los pueblos, ni nada tan difícil como dirigirlos; si será cierto que toman el atrevimiento por valor, la garrulería por elocuencia, la destemplanza por razon, y que aman allá en sus instintos incontrastables el brillo de los uniformes mucho más que el brillo de las ideas, el sable mucho más que el derecho, y más que la libertad el cesarismo.

Apartemos de nuestra alma estas ideas. No confundamos al pueblo con los cortesanos del pueblo. Creemos lo que siempre hemos creído, digamos lo que siempre hemos dicho, que el pueblo es como el Océano, tempestuoso, pero, como el Océano, incorruptible. Creemos, sobre todo, que este pueblo español, por generosidad de corazón, por austero idealismo, por sobriedad de vida y pureza de costumbres, por sus tradiciones á un tiempo liberales y democráticas, por su organismo federal en armonía con su constitucion geográfica, es uno de los pueblos más aptos para la república que hay en Europa. Persuadámonos de que las faltas, los errores del pueblo, especialmente del pueblo español, provienen de una educacion teocrática, monárquica, de tres siglos; y persistamos en querer la república federal, no solamente por ser el derecho, sino tambien por ser la escuela donde se educan y se fortalecen y se elevan al ideal las naciones que quieren ser libres. Uno de los errores sin duda más grandes de la escuela reaccionaria consiste en atribuir el advenimiento de las democracias á combinaciones artificiosas de la política. No, las democracias han advenido á la vida pública porque les abren el camino los instrumentos de la in-

dustria, porque les infunden el sentimiento de su derecho las máximas de la filosofía, porque las impulsan revoluciones geológicas. La dificultad principal de la política moderna estriba en armonizar estas democracias con la libertad, que parecía privilegio de las clases aristocráticas; en armonizar sus tendencias al progreso, á la innovacion continua, con la estabilidad que parecía vínculo de los poderes monárquicos. Para esto yo no encuentro en la vida moderna otra fórmula tan conveniente y salvadora como la fórmula de la república federal, que distribuye igualmente la libertad y la autoridad en todo el cuerpo social, como la circulacion de la sangre distribuye el calor de la vida en todo el cuerpo humano. Dificil es, difícilísimo, establecer esta forma de gobierno; yo lo confieso muy claro y lo digo muy alto; pero hay algo más difícil, hay algo que raya en lo imposible, y es conservar en España la presente monarquía democrática, ni restaurar la antigua monarquía legítima. Esto es lo verdaderamente difícil, esto es lo imposible.

El sentimiento nacional, entre nosotros tan fuerte, tan vigoroso, que se eleva sobre todos los demas sentimientos, impide que la presente monarquía se fortalezca, se arraigue; y el sentimiento liberal, que caracteriza las generaciones modernas, impide que la antigua monarquía se recobre y se restaure. El aborto continuo de las conjuraciones borbónicas; la imposibilidad en que están los reaccionarios de alzar una guarnicion por su monarca sin alzar al mismo tiempo todas las ciudades por la república, afirman en la idea de que no es posible restaurar en España la antigua monarquía. No hay, pues, solucion política sino dentro de la república y por la república. Las democracias heleno-latinas exigen esta forma de gobierno, que fué el secreto de su inspiracion en Grecia, el secreto de su

poder en Roma, el secreto de su gloria en la vida municipal de la Edad Media. Y es necesario apresurarse, porque la república francesa va quedándose aislada en el mundo, y su aislamiento en el mundo sería su ruina. Y su ruina la señal de la inevitable decadencia de las razas latinas. Y el día que las razas latinas decaigan, perderá el mundo, no solamente la libertad de una raza, sino tambien aquellas grandes obras que han esclarecido la historia y que han esmaltado el planeta. A pesar de sus errores, compensados con grandes merecimientos, la ilustre nacion francesa ha tenido en este período histórico la gloria de volver á iniciar el movimiento republicano en Europa; gloria que nosotros pudimos reivindicar en Setiembre, y que dejamos perder bien tristemente. Es necesario, indispensable, que esa república no quede, no, aislada en el mundo. Es necesario, indispensable, que el sincronismo de la historia europea en que han coincidido várias trasformaciones sociales, sobre todo en los pueblos de Occidente, no falte ahora que es más necesario, ahora que se trata de establecer y arraigar la democracia en el suelo feudal de esta vieja Europa.

Los soberanos del Norte se reunen. Gobiernan centenares de antiguos pueblos; mandan millones de soldados. Los últimos reflejos del derecho divino brillan en sus frentes, muy de ligero rozadas por nuestras revoluciones. ¿Creeis que no habrán tendido los siniestros ojos á Occidente y no habrán visto con horror el progreso de sus entusiastas democracias? Divididos se hallan por odios implacables y por problemas insolubles; no puede cada uno de ellos realizar el pensamiento de su raza y de su tiempo sin herir al otro; las provincias del Báltico levantan entre los dos más poderosos, murallas infranqueables de mútuos recelos; las ideas apocalípticas de la raza slava brillan sobre la

frente del que tiene dominios más extensos, y esta idea se vivifica y se robustece en el ódio á la raza germánica; las constantes aspiraciones de Bohemia, la agitación que corre por los ruthenós de Hungría, el régimen de Galitzia, la suerte de los Principados Danubianos, la herencia del imperio turco, y hasta el antiguo título de emperador de Alemania, engendran entre todos ellos rivalidades preñadas de innumerables guerras; pero no olvideis que son los descendientes de los tres verdugos de Polonia; no olvideis que son los carceleros de Hungría, de Milan y de Venecia; no olvideis que son las últimas desvanecidas sombras de aquella Santa Alianza, cuya aleve mano trajo á España la infame invasion de 1823; no olvideis que nos aborrecen de muerte, y que nosotros, tan humildes, tan oscuros, sólo tenemos un medio de fundirles la corona en la frente; de desarraigarles los seculares troncos bajo las plantas; y este medio es lanzar en sus imperios, que tambien tienen pueblos anhelosos de libertad, que tambien sienten el vértigo revolucionario, á torrentes nuestras ideas republicanas, nuestras ideas democráticas, el ejemplo de una gran confederacion latina, que pueda y deba hacer en la esfera política lo que tantas veces hicimos en la esfera religiosa y en la esfera artística con nuestras grandes inspiraciones; difundir un mismo espíritu por todos los senos de Europa. (*Ruidosos aplausos y vivas exclamaciones.*)

Mirad que miéntras subsista un rey en Europa, subsistirá la guerra y padecerá el trabajo. Un ejemplo elocuentísimo se os ofrece ahora mismo, que debe iluminar vuestra conciencia. Un pueblo libre, demócrata, federal, republicano, el pueblo de los Estados Unidos tenia ofensas que reparar, deudas que exigir, agravios que vengar de la monárquica Inglaterra, cuyos hombres de Estado, impacientes por concluir con el poder de

una rivalidad poderosa, y con el ejemplo de una democracia triunfante, inclináronse en la última guerra civil hasta la aristocracia negrera del Sur, favorecieron en piráticas expediciones, ¡ellos! que se glorian de haber abolido la esclavitud en el mundo; y al llegar la época de la gran liquidacion de todas estas ofensas, el pueblo republicano ha preferido á los horrores de una guerra justa, los procedimientos de un arbitraje pacífico; á los combates de los ejércitos los litigios de los jurisconsultos; á la victoria guerrera la sentencia jurídica, que ha condenado en alto tribunal á sus poderosos contrarios, dando luminosos ejemplos de justicia y abriendo una nueva época en el derecho internacional humano; miéntras que del uno y del otro lado del Rhin dos Césares soberbios se miraban con ódio, y por agravios fáciles de satisfacer, por pretextos fútiles más que por razones poderosas, como tenían coronas que ilustrar, cetros que fortalecer, dinastías que afianzar, y no les era dado conseguir todo esto por el trabajo pacífico, que engendra las democracias sólidas, sino por la guerra, por el incendio, por la matanza, que alimentan á las Monarquías soberbias, han inmolado populosas ciudades, han convertido provincias enteras en vastos cementerios, han devorado en las llamas atizadas por el ódio obras monumentales del arte y de la ciencia, han esparcido un millon de cadáveres en nuestro suelo empapado de lágrimas, como para demostrar á los más empedernidos y los más ciegos que los reyes no son, como ellos en su lenguaje místico pretenden, los representantes de Dios, sino los perversos genios del mal abortados por el infierno de todos los errores y de todos los crímenes que han affligido á la tierra. (*Ruidosos, prolongados, frenéticos aplausos. Vivísimas aclamaciones á la república, al orador, que interrumpen por algunos momentos el discurso.*)

Ciudadanos, sí, los reyes significan la edad de la guerra; las democracias deben significar y significarán la edad del trabajo. Es necesario que no nos contentemos con la libertad, con la federación, con la república; es necesario pensar en que fundemos bases sociales, donde, sin atacar á la propiedad individual, ántes fortaleciéndola cada día más por reformas civiles, por reformas jurídicas que completen los resultados de la asociación libre en la cual debemos tener segura confianza, lleguemos hasta un estado que á todos honre, con una profesión mucho más noble que el sacerdocio, y la milicia, y la aristocracia: con la profesión del trabajo. (*Grandes aplausos.*)

Los antiguos cuarteles y blasones, las antiguas marcas y señales aristocráticas deben ceder su puesto á la única nobleza, á la nobleza del trabajo, que moraliza al hombre, que perfecciona la tierra, que continúa la creación con sus fuerzas casi divinas, que reparte el calor y la alegría de la vida, que engendra los milagros de la ciencia y del arte, que eleva en los espacios la tierra cada día más hermoseaada, porque, merced al trabajo, se empapa en el inmortal espíritu humano y en sus luminosos pensamientos. (*Repetidos aplausos.*)

En nuestra doctrina se encierra y se contiene una completa transformación social. Nosotros hemos trabajado ya bastante por ella, y vamos sintiendo en el cansancio la necesidad de ser reemplazados. La generación que ahora se adelanta á la vida pública es más afortunada ciertamente que nuestra generación. Nosotros no tenemos ni siquiera los instrumentos del trabajo. Nosotros no tenemos esta libertad religiosa que os da derecho á pensar con independencia completa de todo motivo extraño y á decir con claridad entera cuanto habeis pensado; nosotros no tenemos esta libertad de enseñanza, en cuya vida podeis agrupar en

torno de las cátedras á las que donde querais y á vuestro arbitrio el espíritu del porvenir; nosotros no tenemos esta imprenta que debe abrir con su escalpelo las entrañas de todos los problemas políticos y debe preparar en paz la transformación de las leyes sociales; nosotros no podemos reunirnos con la seguridad con que vosotros podeis reunirnos, ni hablar con la franqueza con que podeis hablar vosotros; aún llevamos, como los cristianos del Concilio de Nicea, en estas horas de victoria las señales de nuestro antiguo martirio y las huellas del dolor que nos ha costado preparar la conciencia y la sociedad á transformación tan maravillosa; y si perdeis todas estas conquistas, si las malograis, si no sabeis ni siquiera utilizarlas, tened entendido que os alcanzará el anatema de la justicia eterna, anatema que se prolonga con la inevitable reprobación de toda la historia.

Vosotros teneis algo más, una fuerza tan grande como las fuerzas de la naturaleza, una luz tan viva como la luz del sol, un elemento tan vivificador como el oxígeno del aire; teneis algo que no puede la persecución destruir ni los calabozos encerrar, ni los esbirros detener, ni los falsos sacerdotes conjurar, ni las hogueras consumir; teneis el ideal de este gran siglo, polo inmóvil de todas vuestras inteligencias, y para realizarlo, para cumplirlo, es menester que fundeis los Estados-Unidos de Europa, comenzando con la obra redentora de proclamar y establecer la república federal en España. Entónces tendréis la satisfacción mayor á que se puede aspirar en la sociedad, la satisfacción de ser ciudadanos en una gran nación independiente y libre. He dicho. (*Frenéticos aplausos, repetidos vivas y aclamaciones al orador, que deja el local en medio de una inmensa ovación.*)